

PLIEGO

Vida Nueva

3.013.

26 DE NOVIEMBRE-
2 DE DICIEMBRE
DE 2016



La esperanza es hoy ADVIENTO 2016

ALEJANDRO FERNÁNDEZ BARRAJÓN
Mercedario



Con la llegada del tiempo de Adviento, este 27 de noviembre, entre los cristianos se suceden los mensajes de esperanza. Pero el Adviento no consiste en esperar, sino en celebrar que la espera ya ha sido colmada, que la promesa se ha hecho realidad. Porque Adviento es la presencia salvadora de Jesús en nuestras vidas y en nuestra Iglesia. La que, con el papa Francisco, ha inaugurado una nueva época y nos convoca a la esperanza.

La señora Carmina se ha caído al suelo con 97 años de edad. El médico le ha dicho que su caída se ha debido, con toda seguridad, a la rotura de su cadera, descalcificada y desgastada por los años. Le ha dejado por escrito una serie de recomendaciones que debe seguir para que su cadera pueda de nuevo fraguar y, al menos, poder caminar un poquito.

Las condiciones son muy duras para una mujer que ha sido imparable en su vida, muy activa, con seis hijos y trabajando de continuo. Esa inmovilidad que le pide ahora el médico es para ella un sacrificio muy parecido a una cárcel. Pero ella lo ha dejado bien claro, desde el primer momento: "Voy a cumplir al pie de la letra todo lo que el médico me ha dicho porque no quiero estar toda la vida con molestias".

Me ha parecido un signo evidente de esperanza. Con 97 años, estar dispuesta a cuidarse para no tener molestias durante toda la vida es como decir: "Yo voy a vivir aún muchos años más". Algo que no sucede en muchas personas de edad avanzada, que están quejándose todo el día de sus dolencias y pensando de continuo en que su vida está al acabar o, peor aún, que no merece la pena ya vivir.

Cuando se acerca el Adviento, todos los cristianos empezamos a oír mensajes de esperanza, como si el Adviento consistiera en esperar. No es así. El Adviento no es esperar; es celebrar que la espera ha sido ya colmada y la promesa se ha hecho realidad, que la esperanza cristiana no ha sido una frustración. Es una presencia iniciada. No esperamos que el Salvador vaya a nacer, sino que el Niño es ya una realidad adulta en

nuestras vidas o que debería serlo todavía más, y eso colma nuestra esperanza definitiva, que no anda por aquí cerca, sino más allá de ese horizonte de oscuridad y luz que es la propia vida. ¡Porque hay que ver cuánta noche oscura nos aborda agazapada en los senderos de esta vida! Noches oscuras que nos descolocan y nos cuestionan de continuo. La vida humana es una historia donde el amor se hace el protagonista indiscutible de todo. Sin él la vida no es vida y con él todo se llena de vida. Y la luz no es luz sin la tiniebla, y la tiniebla sin la luz pierde su borrosa identidad.

LA ESPERANZA ES VIDA QUE SE RECUPERA

Esta vida nuestra parece la sala de la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos), donde los hombres nos recuperamos todos los días de mil frustraciones y dolores que nos acompañan, de falta de fe, de pesimismo absurdo, de indiferencia... El papa Francisco ha llamado a la Iglesia a ser tienda de campaña. En Adviento, la Iglesia, como una enfermera, nos pone una bolsa más de suero por la vía del corazón para que estemos bien nutridos y así recibamos pronto el alta del hospital del sinsentido, que es lo que todos los enfermos anhelamos.

Ahora que la Iglesia abre la puerta santa del Adviento, los cristianos tenemos que ocupar lugares privilegiados en ese podio que contempla la vida que pasa. Para celebrar que Dios es Dios entre nosotros, el Emmanuel, el esperado de los tiempos, que ya ha colmado la historia y la ha convocado al sentido y al gozo. No somos para la esperanza, somos esperanza concentrada de un tiempo que ha llegado ya, que

ha culminado en la encarnación del Verbo y que nosotros hemos de celebrar y proclamar. Adviento no es mirar al cielo esperando que algo suceda: "Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo?" (Hch 1, 11). Adviento es mirar al suelo para que sea posible el milagro de renacer.

Un nuevo sentido de esperanza cristiana ha de abrirse paso para no caer en la tentación de la obra de Samuel Beckett, donde dos payasos esperan a Godot y nunca llega. Sobran cristianos que esperan a Godot, como Wladimir y Estragón, que se enteran por el cruel Pozzo de que no vendrá hoy, pero mañana seguro que sí; y, sin embargo, Godot nunca llega. Nuestro Salvador sí ha llegado y, con su llegada, se han visto cumplidas todas las expectativas salvíficas de antes y de ahora. Esto es Adviento.

LO QUE NO ES ADVIENTO

No faltan quienes han hecho de su fe una ideología sin contenido humano, sin encarnaciones necesarias, sin entrega de cruz y de vida, una fe de grafiti, de laboratorio, de manual. Para un cristianismo sin mordiente no hacen falta muchas teorías ni discursos; ya estamos acostumbrados a miles de palabras hermosas que se entrecruzan formando discursos para no decir nada al final: sermones, decretos, documentos, reflexiones, libros piadosos que se quedan en las estanterías guardados para el futuro, incapaces de interpelar y transformar nuestro presente. Si algo abunda en nuestra Iglesia y en nuestras comunidades, escasas de esperanza, son bibliotecas sobre la esperanza. Tratados y tratados, enciclopedias y colecciones, y, sin embargo, en las estanterías del corazón se almacenan la amargura y el pesimismo. ¿Para

qué nos sirve la esperanza académica si nos desangramos por desilusión?

Necesitamos pasar de una Iglesia elegante a una Iglesia militante, de una Iglesia bella a una Iglesia manchada, de una Iglesia para turistas a una Iglesia de peregrinos, de una Iglesia enrocada a una Iglesia que sea tienda de campaña en medio de los descampados de la vida. Allí están los descartados, dice el Papa, en las periferias.

Pero esto no es fácil y, por eso, el Adviento nos sale al encuentro para decirnos que ya está bien de cantos de sirena, de adornos y brocados, de púrpuras y báculos, de palabras huecas y obediencias paralizantes, y que hemos de estar disponibles para un éxodo necesario hacia tierras prometidas más despejadas y libres, comenzando por los pastores, que –en mi experiencia de pastor de cabras– siempre van delante del rebaño.

La incoherencia nos acompañará siempre a los humanos, sobre todo a los que hablan mucho de perfección y derecho, pero lo que no puede dejar de acompañarnos nunca es la utopía. Y por eso la Iglesia sigue insistiendo cada año, como madre machacona, con el tiempo de Adviento; como la madre que coloca mil veces la mano de su hijo para que coja bien la cuchara y aprenda a comer.

La esperanza más auténtica fue la del profeta Oseas, dispuesto a perdonar y a volver con la mujer prostituta que le había traicionado y a la que amaba a pesar de su infidelidad. “Yo te desposaré en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad y tú conocerás a Yahvé” (Os 2, 21-22).

Porque esperar no es cruzarse de brazos, sino pasar a la acción útil y abandonar todo aquello que ya no sirve de nada, ya sea porque es del pasado o porque no sirve para los tiempos actuales, que exigen respuestas actuales. Y aquí está un reto que nos plantea el Adviento:

- ¿Vas a seguir con las actitudes cobardes e insípidas que ya has visto que no conducen a nada?
- ¿Vas a hacer de tu Adviento un fortín cerrado a la vida que pasa?
- ¿Vas a dejar que pase el tren de la vida cargado de desafíos por miedo o comodidad, sabiendo que no va a pasar otro?

- ¿Vas a hacer de tu vida un poema con voluntad de forma pero sin fondo?
- ¿Te sientes satisfecho de no haber hecho posible ni un solo cambio a tu alrededor aunque estás sobrado de razones?
- ¿Seguirás instalado en el sillón de tu indiferencia porque crees que tú puedes aportar muy poco por hacer diferente tu mundo y tu Iglesia?
- ¿Vas a permitir que en este tiempo solo pase el tiempo?
- ¿Vas a cerrar los ojos ante una Iglesia sumida en el desencanto, en la búsqueda de prestigio y poder y alejada de los barrios periféricos donde aún queda algún profeta siempre cuestionado?
- ¿Seguirás hablando mucho de pecado y poco de gracia?

Cuando se acerca el Adviento, parece que se instala en nosotros un sentimiento de cierto optimismo, tal vez de nostalgia o de novedad porque llega el Señor, se acercan las fiestas de Navidad, pronto se encienden los adornos de las calles y los escaparates desbordan de colorido y originalidades, pero ese Adviento es simple optimismo ante la vida. No es Adviento, es sentimiento. No son deseos de transformar, sino deseos de cambiar lo externo; no son deseos de encarnación, sino de consumismo. La fe no puede reducirse a un sentimiento que tiene que ver con las circunstancias, que se desborda en la fiesta y se vuelve a apagar en la adversidad.

ADVIENTO ES JESÚS

- Adviento es presencia ya del Salvador en nuestras vidas. Celebramos que está, no que viene; que ha roto nuestras cadenas, no que puede romperlas.
- Adviento es Jesús mismo, su persona, su vida, su entrega, su coherencia; y eso no vendrá, ya está entre nosotros, buscando ser amado por todos. Adviento es Jesús caminando por los senderos de Palestina, llenando de esperanza a los desesperados, a los leprosos, a los pecadores, a

los endemoniados, a los ricos amordazados, a los discípulos descreídos, anunciando un tiempo de gracia.

- Adviento es hoy y no mañana, es lucha y no es tregua, es tienda y no palacio, es abrazo y no jaculatoria... es ser y no tener ni aparentar.
- Adviento es dinamismo interior y exterior que nos empuja a parecernos más a él.

La esperanza, que es Jesús, va siempre unida a la libertad, porque él fue un hombre libre capaz de liberar a muchos encadenados por el mal y la negatividad que supone el pecado: manos secas, espíritus inmundos, lepra, ojos retenidos, injusticias que deshumanizan, señalados por ser diferentes.

ESPERANZA ES DINAMISMO

Hay muchas cadenas que solo la esperanza cristiana, Cristo mismo, puede romper. Hay otras esperanzas que son sucedáneos: esperanzas políticas que acaban generando más frustración y corrupción, esperanzas económicas que terminan haciendo más ricos a los ricos y más pobres a los pobres, esperanzas de paz



que refuerzan la posición de los poderosos para seguir manteniendo sus grandes negocios. Son esperanzas con minúsculas o sucedáneos de la Esperanza cristiana, que es Cristo mismo. Él es la esperanza total, completa, el Adviento definitivo. Sería muy trágico confundir la Esperanza con nuestras esperanzas. Y en este error hemos caído también los cristianos con frecuencia.

Todavía en la Iglesia hay muchos hombres con la mano seca, rígida, que necesitan acercarse a Jesús para ser curados. No han entendido que, “para ser libres, Cristo nos ha liberado” (Gal 5, 1), y siguen empeñados en perpetuar un tiempo de sequía de gracia y misericordia. Hombres de juicio y no de perdón, leprosos que señalan a otros sin ver su carne podrida, paráliticos que necesitan ser llevados a la piscina de Siloé. Jesús es esperanza para todos. Quien se acerca a él se hace Adviento permanente, esperanza que nunca se acaba. Jesús es agua que se remueve para curar nuestras parálisis del cuerpo y de la mente. “Mirad que todo lo hago nuevo” (Is 43, 19). **Zaqueo** sabe de advientos y **María** también. Se han dejado tocar y han sentido que todo era nuevo.

SÉ DE QUIÉN ME HE FIADO

¡Qué drama encontrarse con alguien sin esperanza! Faltan espacios para la vida y el encuentro, todo es un callejón sin salida que conduce a la

náusea. Encontrarse con Jesús es descubrir una aurora palpitante y colorista; es confiar en todo lo que no sabemos. No sabemos preguntarle a Dios cuando no entendemos algo. Siempre preguntamos el porqué y nunca el para qué. En mi última enfermedad le pregunté mil veces a Dios por qué y solo se oía el silencio rebotando en las paredes blancas de la UCI, entre gomas y botellas de oxígeno, y así un día, y otro, y otro... sin saber si era de día o de noche; la esperanza se agotaba en mí como el suero que entraba en mi brazo por la vía abierta, pero, de repente, veo a mi madre que se acerca y toda la esperanza vuelve a mí, de pronto, como si nunca se hubiera ido. Ese fue mi mejor Adviento en la UCI. Mi vida se iluminaba de nuevo como si la aurora hubiera vencido la oscuridad de la noche insomne y dolorida. Cristo es la aurora de la humanidad que viene a romper nuestras oscuridades instaladas y mohosas. ¡Qué felicidad esperar así! Sabiendo que nuestra esperanza no va a ser frustrada, como la de Estragon y Wladimir. Esperar es ya una dicha en sí misma. En la UCI mi esperanza era una alegría inmensa porque sabía que, en cualquier momento, aparecería a lo lejos la figura enjuta y arrugada de mi madre. ¡Merecía la pena esperar penetrado por las gomas, entubado, atado y dolorido, para poder disfrutar de ese momento sublime! Después de una noche de dolor sin tregua, sin sueño y en una soledad angustiada, mirando el techo blanco de la UCI, yo sabía que mi madre aparecería de un momento a otro. ¡Qué espera tan dichosa! Porque yo sabía que no fallaría. Así es el Adviento cristiano. Sabemos que él nunca falla. “Sé muy bien de quién me he fiado” (2 Tm 1, 12).

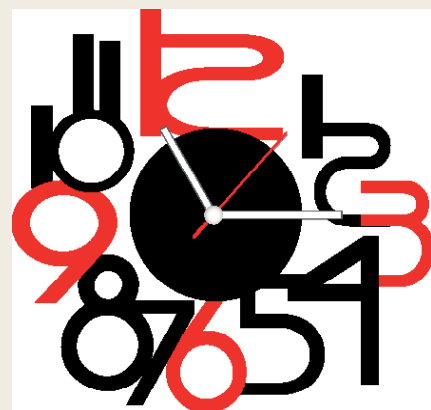
Y es que “la esperanza le pertenece a la vida, es la misma vida defendiéndose” (Julio Cortázar).

Así le sucede al creyente, y “esta convicción llena de tranquilidad al corazón que se deja embargar por ella. El Dios del todo amor nos garantiza la victoria final sobre el mal. Todos estamos llamados a incorporarnos a la resurrección de Cristo. Y en todo hay un camino

para el amor, aunque no todo lo que ocurre en esta vida sea bueno. ‘En todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman’” (Salvación y existencia cristiana. Gozo y esperanza. Carta pastoral de los obispos de Pamplona y Tudela, Bilbao, San Sebastián y Vitoria. Cuaresma-Pascua de Resurrección, 1990).

En este mundo, impregnado de desesperanza, los cristianos estamos llamados a ser artesanos de la esperanza, como un alfarero que modela su barro, entre muchos fracasos. Sin ansias de proselitismos ni altavoces, sino con la fuerza desmedida del testimonio sencillo y callado, coherente y constante. Allí donde abundan los testigos, la realidad se va empapando de gozo y alegría, de esperanza.

Vivimos entre dos extremos constantes: el deseo de notoriedad en



los medios, que lleva a declaraciones intolerantes de algunos pastores, y el miedo a salir en las portadas por el qué dirán. Nos cuesta encontrar un término medio entre una presencia viva y necesaria y la notoriedad que ocasiona una declaración impactante, pero deshumanizada y escasa de misericordia. La línea tan evangélica del papa Francisco, a mi parecer, no acaba de imponerse en todos los ámbitos eclesiales, acostumbrados aún al protagonismo del mando y de la notoriedad social. La Iglesia no está para ser un poder fáctico más, sino una instancia de acogida donde sobre la misericordia, como Dios tiene misericordia sobrante con nosotros: “Una tienda de campaña –dice él– para curar heridas, muchas de ellas infligidas por la propia Iglesia”. Y ahí surgirá



la esperanza del Adviento. En medio de los hermanos y de la comunidad que ha puesto a Jesús como su centro, su Adviento, su confianza.

Lo más grande que sabemos, por Jesús, es que Dios cree en nosotros, apuesta por nosotros, entrega a su Hijo por nosotros. Y esa seguridad es un torrente imparable de esperanza.

En estos días va a nacer la hija de unos buenos amigos míos, **Marina y Mario**. Ya han visto la imagen de **Valentina** –así va a llamarse– por una ecografía, y ya se percibe en sus caras toda la alegría que uno se pueda imaginar. Y es que, como decía **Rabindranath Tagore**, “cada criatura, al nacer, nos trae el mensaje de que Dios todavía no pierde la esperanza en el hombre”.

Adviento es la convicción para los creyentes de que todo es posible aún en nosotros, con la ayuda de Dios. Es posible nacer de nuevo, rehacer la vida, abrirse a nuevos caminos, soñar con nuevos horizontes, renovar una Iglesia distinta al estilo de Jesús. ¡Es posible!

No hemos de dar nunca la batalla por perdida. “Si supiera que el mundo se acaba mañana, yo, hoy todavía, plantaría un árbol” (**Martin Luther King**).

LA ESPERANZA Y LAS ESPERANZAS

Nuestro mundo está saturado de esperanzas, pero escaso de Esperanza. Vivimos a salto de mata, empeñados en metas volantes, en vuelos cortos que nos van más allá de nosotros mismos o de nuestro pequeño entorno familiar. Sí, hay muchas esperanzas en la gente: conseguir el coche que nos gusta, tener la casa que ansiamos, aprobar el examen que nos posibilita el acceso a un trabajo mejor; muchas esperanzas inmediatas y poca esperanza auténtica. Y es que no es lo mismo esperanzas que Esperanza.

La Esperanza auténtica se aleja de todo lo material e inmediato y tiene que ver con la seguridad y confianza delante de Dios. Vivir sin Esperanza, o rodeado solo de esperanzas, es como percibir que se viene encima la noche cuando estamos en descampado y sin recursos. **Martín Descalzo** ha logrado expresar de manera muy bella esta esperanza-confianza que el hombre necesita para llenar de contenido su sentido y su miedo:

“Como el niño que no sabe dormirse sin cogerse a la mano de su madre, así mi corazón viene a ponerse sobre tus manos al caer la tarde. Como el niño que sabe que alguien vela su sueño de inocencia y esperanza, así mi corazón duerme tranquilo sabiendo que eres Tú quien nos aguarda”.

Nada hay tan ilustrativo para entender la esperanza confiada como la del niño que se siente inseguro y solo encuentra sosiego y seguridad en los brazos de su madre. La historia del Icono del Perpetuo Socorro es la historia de una confianza en la Madre que vence todos los miedos de la pasión de la vida.

En la vida hay muchas actitudes que van configurando nuestra historia y haciéndola más iluminada y cercana a Dios. Entre ellas, además de la esperanza, están la fe, la verdad y el amor, como aseguraban el filósofo griego **Porfirio** y el apóstol de los gentiles, **Pablo**.

Con estas actitudes, la vida de los hombres se va cargando de sentido y de dignidad. El equipaje de la vida se va llenando de elementos que nos ayudan a soportar el peso de la jornada y las dificultades que acarrea esto de ser hombre.

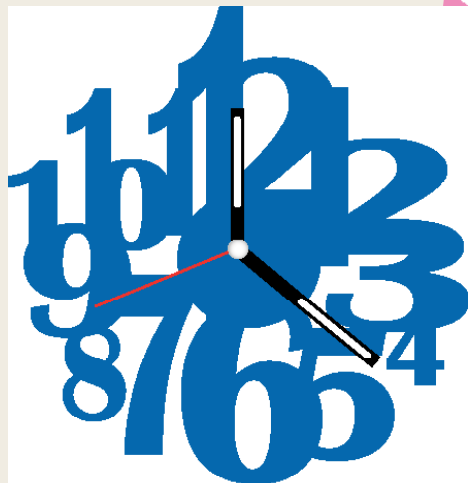
Esta esperanza que acompaña nuestro equipaje de cada día es una esperanza que exige paciencia y confianza, porque no es inmediata, sino que está apoyada en el designio divino y en su tiempo, que no es nuestro tiempo. Así le sucedió a **Abraham**. Cuando su esposa ya era mayor, Dios le hace la promesa de una descendencia numerosa y Abraham llega a reírse, rostro en tierra; y lo mismo **Sara**, su mujer, en sus adentros, al sentirse una anciana incapaz de ser fértil ya; sin

embargo, Abraham acaba siguiendo las indicaciones de Dios y es capaz de salir de su tierra y ponerse en camino. Por eso, en la Sagrada Escritura, se le señala como el que creyó contra toda esperanza y se le contó en su haber. Dios tiene su tiempo, y este tiempo le es señalado a Abraham: “Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer, Sara, tendrá un hijo” (Gn 18, 10).

Nos empeñamos en marcar a Dios los tiempos, pero Dios tiene su tiempo y no es el nuestro. Así sucede con la esperanza. El tiempo de Dios es el mañana del encuentro definitivo con Él.

*“Tú endulzarás mi última amargura,
Tú aliviarás el último cansancio,
Tú cuidarás los sueños de la noche,
Tú borrarás las huellas de mi llanto.
Tú nos darás mañana nuevamente la antorcha de la luz y la alegría
y por las horas que te traigo muertas,
Tú me darás una mañana viva”.*

¡Qué bien vuelve a expresar **Martín Descalzo** esa esperanza que culmina en el tiempo, en el encuentro con Dios! Definitivamente, nuestra esperanza es una experiencia de encuentro. Y para lograr ese encuentro necesitamos una dosis alta de paciencia. Esa paciencia que lleva a santa **Teresa** a decir que “todo lo alcanza”, porque los hombres tenemos la tentación de desesperarnos de inmediato, de vivir sin confianza, de exigir, incluso, que Dios actúe aquí y ahora contra todo aquello y aquellos que impiden que su Reino sea ya una realidad entre nosotros. “Dejad que el trigo y la cizaña crezcan juntos, no sea que por arrancar la cizaña arranquéis también el trigo” (Mt 13, 29).



En nuestro entorno percibimos muchas esperanzas y poca Esperanza. Nuestros tiempos son tiempos “recios”, que exigen “amigos fuertes de Dios”, pero estamos condicionados por muchas circunstancias que nos conducen al pesimismo. En la sociedad hay una gran crisis de valores, que ha traído como consecuencia una terrible crisis económica: corrupciones, abusos, injusticias..., de manera que cada día crece la desconfianza en nuestros gobernantes y políticos. Dentro de la Iglesia sucede otro tanto. Nos encontramos con algunos casos espeluznantes de incoherencia con los valores del Evangelio, incluso en aquellos que se erigen como guías y pastores: pederastia, ansias de poder y ambición por el dinero y la buena vida. Trepadores que buscan los primeros puestos frente a la mirada desconcertada de todo el pueblo de Dios. Esto hace crecer la desesperanza, que se manifiesta en miedos, temores, desconfianzas, dudas... ante Dios y ante los hombres. Y en la Iglesia no acabamos de encontrar nuestra silla en este concierto de sentido para la humanidad del presente.

Cuando el papa Francisco ha hablado –como ningún otro papa lo había hecho hasta ahora– de sacerdotes y obispos que buscan el poder y el dinero a toda costa y no sirven a la Iglesia sino que se sirven de ella, nos está recordando el peligro de dejarnos llevar por las esperanzas, dejando a un lado la Esperanza cristiana. ¡Qué necesidad tiene la Iglesia –tenemos– de un Adviento decisivo y radical en nuestra vida de cada día! La llamada



del Papa a ser pastores “con olor a oveja” no convence a todos por igual. Hay todavía resistencias significativas, que acabarán fracasando porque el Evangelio se impone necesariamente. Hoy tiene que oírse con fuerza la frase de santa Teresa: “Tomé una determinada determinación”. Tal vez aquí resida la clave del comienzo del Adviento.

El papa Francisco se ha adelantado a pedir a la Iglesia un Adviento intenso, denunciando la realidad oscura y antitestimonial de la propia Iglesia; que la hay. Lleva poco tiempo en su ministerio, pero ya percibe y denuncia realidades muy dramáticas: “En la Curia hay gente sana, de verdad, hay gente sana. Pero también hay una corriente de corrupción, también la hay, es verdad. Se habla de un lobby gay y es verdad, está ahí”. Esto es dramático para nuestra Iglesia, no por gay, sino por lobby.

Nunca un papa había dicho cosas semejantes y, con toda seguridad, siempre las hubo; esto no sucede de la noche a la mañana. Quiere decir que tendremos que hacer un sano ejercicio de reconocer nuestras debilidades y poder así acceder a la auténtica esperanza. No solo la Iglesia como institución, sino cada uno de nosotros como miembros de ella y piedras vivas que somos. Sin reconocer nuestros pecados, no puede haber auténtica sanación y reconciliación.

Nadie como san Pablo nos ha abierto los ojos a la esperanza, sobre todo en la carta a los Romanos. Ahí encontramos las grandes claves de la esperanza cristiana que buscamos: “Poderoso es Dios para cumplir lo prometido” (Rm 4, 21).

Nuestra esperanza no está basada en cosas superficiales o ideológicas, sino en la fuerza de Dios, que lo puede todo y lo penetra todo. “Sabido que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud

probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado” (Rm 5, 3-5).

En esta situación, los cristianos de hoy no podemos olvidar que atravesar la puerta santa del Adviento es entrar en la tribulación, que exige paciencia. No hay camino de salvación cristiana sin entrega ni cruz. Lo hemos repetido muchas veces, pero no nos lo creemos del todo; o, mejor aún, no queremos creerlo. La cruz es siempre escándalo y vergüenza para la mayoría y quisiéramos un cristianismo tipo “bufet”. De hecho, este es el cristianismo que hoy triunfa en nuestras sociedades católicas europeas de siempre. Y acaba habiendo tantos cristianismos como cristianos. Todo nos parece aceptable, excepto la cruz. Tal vez el Adviento podía ser un tiempo propicio para recordarnos que la entrega sacrificial es esencial para vivir la vida cristiana con autenticidad.

La esperanza ha ido siempre unida a la caridad y a la fe. Ese tríptico de virtudes teologales se complementan de tal manera que no pueden disociarse. Una esperanza profunda solo se explica desde la fe, y una fe cimentada lleva asociada siempre la caridad y las buenas obras. La esperanza no necesita ver como la fe, porque está asentada en la confianza de Aquel que lo puede todo, lo penetra todo y lo conoce todo. La esperanza no tiene ojos, pero sí tiene fe para salir al encuentro.

El papa emérito **Benedicto XVI**, en su encíclica *Spe salvi*, dice algo muy importante y fundante: “Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza” (n. 3). Tal vez aquí reside el núcleo de la reflexión sobre el Adviento que estamos haciendo: “Conocer a Jesucristo”. Porque los hombres, con el paso del tiempo, llegamos a saber mucho, a dominar muchas ciencias y saberes, conocemos a grandes científicos que obtienen premios muy reconocidos internacionalmente por sus investigaciones y descubrimientos en el saber humano, pero algunos de ellos no han llegado a conocer a Jesucristo. Y esta es su desgracia. Algunos presumen de su ateísmo, incluso quieren convencernos de

que nuestra fe es una superstición. Nunca han atravesado un Adviento de verdad. Han estado muy cerca de la fuente, pero no han bebido; han escalado cumbres muy altas, pero no se han atrevido a contemplar el panorama tan bello que se abre más allá de la cumbre. Sin conocer a Jesucristo, no hay fe, no hay esperanza y no hay auténtica caridad; no hay humanidad auténtica. Conocemos, por el contrario, muchos hombres que se han acercado en su búsqueda sincera a la verdad, sin condiciones, y allí estaba Jesucristo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14, 6). Sería interminable citar a algunos de ellos porque son legión. Basta recordar a san Agustín, el gran buscador de la verdad: “El amor verdadero consiste en vivir adheridos a la verdad” (San Agustín, *La Trinidad*, 8, 7, 10). Y él se empeñó en su búsqueda, en todas las ciencias que dominaba, hasta llegar a expresar de manera sublime: “Es feliz el hombre que ha llegado a poseer el sumo bien, lo cual deseamos todos sin género alguno de duda. Por tanto, como consta que todos queremos ser bienaventurados, igualmente

consta que todos queremos ser sabios, porque nadie que no sea sabio es feliz, ya que nadie es feliz sin la posesión del sumo bien, que consiste en el conocimiento y posesión de aquella verdad que llamamos sabiduría” (*El libre albedrío*, 2, 102). “No vayas fuera, vuelve a ti mismo, que el conocimiento de la verdad está en ti mismo”. “Te buscaba lejos de mí y estabas dentro de mí”.

Bienaventuranzas de la esperanza para el Adviento

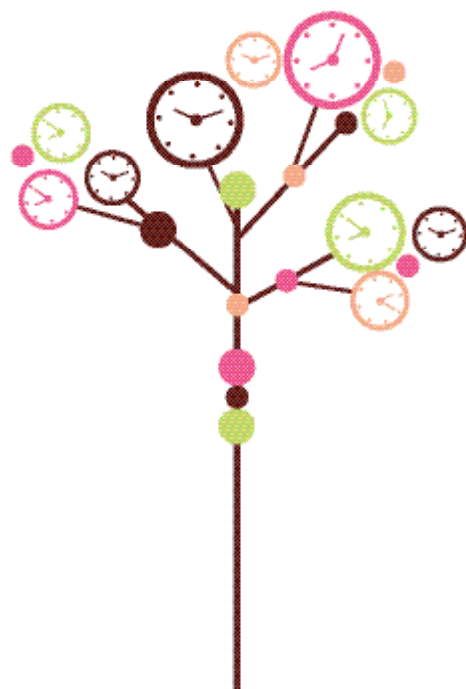
- Bienaventurado quien no espera sentado en el ribazo del camino confiando en que la misericordia pase a su lado, sino que sale al encuentro de ella con los brazos abiertos y el corazón empapado de dicha...
- Bienaventurados los que esperan sin ver, porque Dios se abre paso en ellos como un colirio que renueva y refresca sus pupilas...
- Bienaventurados los que ya ha encontrado la esperanza, que es Jesús, y se han sentado a sus pies para escuchar su palabra...
- Bienaventurados los que no esperan solos, sino sintiendo cerca los suspiros de sus hermanos cansados de las inclemencias del camino...
- Bienaventurados los que no desesperan cuando el sendero se vuelve agreste y serpentea por cumbres y precipicios arriesgados...
 - Bienaventurados los que saben esperar como un niño espera la caricia de su madre, sabiendo que nunca le fallará...
- Bienaventurados los que no sirven a nada ni a nadie, sino a los pequeños donde habita la esperanza de Dios.
- Bienaventurados los que esperan como María, cuando todo parece volverse oscuro y amenazante...
- Bienaventurados los que esperan entre los que no esperan y quieren convencerlos de que no hay nada que esperar...
- Bienaventurados los que han hecho de su vida un Adviento de luz...

... Porque su esperanza ya está colmada.

SIGNOS DE ESPERANZA DEL PRESENTE

Me ha entusiasmado leer el pregón del pasado Domund, pronunciado en la Sagrada Familia de Barcelona por Pilar Rahola, que se declara no creyente: “La salida de los misioneros –decía– es un viaje al centro de la humanidad. Esta llamada nos interpela a todos: a los ateos, a los que sienten y a los que dudan, a los que creen y a los que niegan o no saben o querían y no pueden. Las misiones católicas son una ingente fuerza de vida, un inmenso ejército de soldados de la paz, que nos dan esperanza a la humanidad, cada vez que parece perdida”.

Estamos en el presente de la Iglesia, en una nueva época que ha inaugurado el papa Francisco. Una época que nos convoca a la esperanza. Podíamos llamarla “el tiempo del diálogo y del encuentro”. El Papa está dando ejemplo de diálogo y acogida a todos. Ha llegado a recibir en el Vaticano a un transexual que, además, está feliz porque se ha sentido escuchado y acogido por el Papa. Lejos de las condenas a las que la Iglesia más cercana nos tiene acostumbrados. El Papa acoge a todos, dialoga con todos, escucha a todos, sean como sean, piensen como piensen, sientan como sientan; así lo hizo Jesús. Es la sensación de que algo nuevo está surgiendo en la Iglesia



actual gracias al papa Francisco, que suscita esperanza, Adviento. Los de siempre seguirán empeñados en más de lo mismo, encerrados en la caverna del pasado, pero este viento ya no hay quien lo pare. Es cosa del Espíritu de Dios y se abrirá paso, queramos o no, entre nuestras barricadas. ¿Cuándo se había encomendado el pregón del Domund a alguien no creyente y, además, mujer? Los pastores empiezan a romper moldes como el Papa.

El Año de la Misericordia está dando sus frutos de esperanza, aunque no para todos. Aún necesita llegar a otras muchas personas que han quedado al margen de esta corriente de misericordia de la Iglesia en nombre de Dios: los sacerdotes secularizados siguen esperando una palabra especial para ellos, en este tiempo tan escaso de vocaciones necesarias.

¿Se contará con aquellos que estén dispuestos? Asimismo, la mujer está esperando también una palabra misericordiosa. El Papa ha abierto la puerta de la reflexión sobre las diaconisas. ¿Se abrirá del todo? Hay misiones específicas en la pastoral de la Iglesia que nadie como ellas pueden realizar a la hora de escuchar, de ser sensibles, de acompañar, de entender los problemas del matrimonio y de los hijos... Y todos lo sabemos.

Es el tiempo nuevo de la Iglesia, de la esperanza, de la misericordia... de la acogida. Hace muy poco tiempo que me escribía un cristiano homosexual una carta que me interpeló mucho: "He leído un artículo suyo a propósito de los homosexuales. Soy uno de ellos, 65 años, y tengo ambos brazos que necesito fuertes para abrazar al hombre que, por la gracia de Dios, amo. En estos días he leído un artículo titulado: '¿Homosexual y católico?'. Me gusta más al revés; y no cómo pregunta, sino como experiencia de vida: soy un católico que, de paso, es homosexual.

No pretendo que la Iglesia cambie la doctrina, pero sí que algunos en la jerarquía la hagan sentir realmente madre y no madrastra. Sé que la homosexualidad puede llegar a ser una verdadera cruz para el creyente. No lo veo de esa manera. Mi cruz (una de ellas) no es mi orientación sexual (y más desde que hace unos años concilié mi fe con mi orientación sexual), sino la exclusión, el desprecio, la intolerancia y demás. Recuerdo la vez que un sacerdote (con quien yo trabajaba en evangelización en la parroquia), después de la Eucaristía, al hablar de los homosexuales, nos llamó 'desviados'; nunca me lo habían dicho en la cara, y menos desde el presbiterio. Me sentí humillado. Estuve a punto de hablar con él y decirle cómo me sentía, pero preferí quedarme un momento delante de Aquel que sabía exactamente, y mejor que yo, lo que estaba pasando en mi corazón. Salí reconfortado, abrazando la cruz,

y mi actitud y mi aprecio por el sacerdote no cambiaron en absoluto.

Mi crisis más reciente de jerarquía, y que me hizo cuestionarme seriamente mi labor en la parroquia, fue al terminar la primera parte del Sínodo sobre la Familia hace dos años, cuando, leyendo el documento final, el punto que hablaba de que los homosexuales tenemos algo que dar, no había alcanzado los votos necesarios. Entonces me pregunté: si no tengo nada que dar, ¿qué hago en la parroquia en las labores de evangelización y pastoral social? Dios sabe cómo hacerme entrar en razón. Fui a hablar con el párroco y le comenté lo que estaba sucediendo, y solo me hizo una pregunta: '¿En dónde ha ido creciendo usted en la fe?'. Mi respuesta era la obvia: 'En la parroquia'. 'Bueno -me dijo-, ahí tiene la respuesta que anda buscando'. Y ahí sigo, abrazando la cruz, y siendo un hombre feliz; feliz, porque me sé amado por Dios tal y como soy y con todo lo que ello significa".

Todavía hay un terreno en barbecho que la Iglesia tiene que labrar y sembrar para que dé fruto abundante. Todavía quedan lagunas y espacios abandonados a su suerte donde la Iglesia no ha entrado y tiene resistencias para entrar. Pero el envío de Jesús a sus discípulos no admite duda: "Id y evangelizad a todos los pueblos..."

Jesús, el Señor, aún sigue dejando a las noventa y nueve para ir en busca de la oveja perdida, y la Iglesia haría bien en imitarle. Este Adviento de luz puede ser una oportunidad dorada. ●



BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN / ESPAÑA: 112.90 € / UE: 168.48 € / OTROS PAÍSES: 162 € / 47 NÚMEROS AL AÑO
Tel: 914 226 240 / Fax: 914 226 117 / suscripciones@ppc-editorial.com / www.vidanueva.es

Nombre y Apellidos: C.P.:
Dirección:
Población: Provincia: País:
CIF/NIF (DNII): E-mail: Tel:

FORMA DE PAGO

☐ Adjunto cheque bancario a nombre de PPC, S.A.



C/ Impresores 7 Urb. Prado del Teguero, 28040 Ciudad del Monte (Madrid)
Tel.: 914 226 240 / Fax: 914 226 110 / Correo electrónico: apc@ppc-editorial.com

Le informamos que sus datos serán incorporados con fines mercantiles al fichero de Clientes del que es responsable PPC, Editorial y Distribuidora, S. A., C/ Impresores 7 Urb. Prado del Espino 28040 Ciudad del Monte, Madrid. Los datos que nos facilite podrán ser cedidos con fines comerciales incluidos publicidad por medios electrónicos, a las empresas de nuestro Grupo que constan en la siguiente URL: <http://www.grupo-sin.com> si usted no lo desea, por favor, comuníquenoslo.

☐ Domiciliación bancaria (rellenar los datos de la cuenta)

IBAN	ENTIDAD	OFICINA	DC	NÚMERO DE OFICINA

Nombre y Apellidos del titular de la cuenta:

Banco o Caja:

Fecha: Firma: